

Don Servando Oyanedel Olmos recibió la Medalla de Oro y el Diploma de Honor del Instituto de Ingenieros de Chile

El 28 de Noviembre último, en sesión solemne del Instituto de Ingenieros de Chile, se realizó la entrega de la Medalla de Oro y del Diploma de Honor correspondiente a 1944 que el Directorio de la institución acordó otorgar a don Servando Oyanedel Olmos.

Asistió al acto un selecto y numeroso grupo de profesionales, personalidades especialmente invitadas y amigos y relaciones del festejado.

En la mesa de honor tomaron colocación el presidente del Instituto don José Luis Claro, don Servando Oyanedel y don Miguel Letelier E., quien por encargo del Directorio hizo la presentación del señor Oyanedel.

Abrió la sesión el presidente señor Claro en los siguientes términos:

Señoras, señores:

Las colectividades humanas han tratado en todos los tiempos de establecer honores y recompensas para aquellos que, por sus hechos o por sus virtudes, las han servido destacadamente. Los gobiernos colocan sobre el pecho de sus grandes servidores, insignias y condecoraciones o erigen estatuas que recuerdan al transeúnte las hazañas de sus próceres.

Se dice que el mundo es ingrato. Habitado y dirigido por hombres, por estos seres, mezcla de barro y de espíritu y cuyas acciones son guiadas en último término por el egoísmo, no es raro que sea muchas veces injusto y olvidadizo; pero esos mismos hombres, conscientes de ese su defecto, se esfuerzan por corregirse y por hacer manifestaciones de gratitud a quienes hicieron mucho y bueno por ellos.

Justificado y noble sentimiento el que nos lleva a reconocer virtudes y a ensalzar acciones; pero, sentimiento humano al fin y, por eso, mezclado también con algo de vanidad y egoísmo. Porque, al honrar a quienes de los cuales mucho debemos y al cumplir, en consecuencia, con un deber de gratitud nos enorgullecemos simultáneamente de esas acciones y de esas virtudes que celebramos y que se reflejan en nosotros, dándonos brillo y luminosidad.

Las Naciones erigen monumentos a sus hombres ilustres y esos monumentos, a la par que immortalizan en la piedra o fijan en el bronce las hazañas que recuerdan parecen también pregonar las cualidades de un pueblo capaz de haberlas hecho posible.

La Medalla de Oro del Instituto de Ingenieros de Chile es, para los ingenieros, lo que los monumentos son para las ciudades y para las Naciones: Una expresión de gratitud y, al mismo tiempo, un timbre de orgullo.

Es por eso que, en este momento solemne en que, a nombre de nuestra Institución, entrego a Don Servando Oyanedel Olmos esta medalla y este diploma, lo hago transmitiéndole de nuestra parte sentimientos de respeto por lo que su vida y sus trabajos significan y confesando, al mismo tiempo, nuestro orgullo por haber podido hacerle este homenaje.

* * *

A continuación fué ofrecida la palabra al señor Miguel Letelier E., quien hizo la presentación del señor Oyanedel en los siguientes términos:

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros de Chile, Señoras y Señores:

Gratísimo para mí es el encargo que me ha confiado el Directorio del Instituto de Ingenieros de Chile de recibir en este acto de entrega de la Medalla de Oro y Diploma de Honor otorgado en el presente año 1944, a Don Servando Oyanedel; y especialmente honroso continuar una costumbre que, a través de varios años, viene ya consagrada como un deber; cual es el que sea el agraciado con tal distinción el año anterior, quien haga la presentación de quien ha de recibirla en el siguiente; y así, muy vivo aun en mi espíritu el agradecimiento por las frases que escuché hace ya un año, en esta misma sala, de labios de Don Francisco Mardones, eminente ingeniero y brillante servidor público, cumpla la misión de recibir aquí a otro ingeniero eminente y servidor ejemplar de nuestra patria.

No puede en este acto olvidarse un concepto fundamental, expresado en las palabras que aquel pronunciara entonces, porque es tal vez la esencia de esta institución de la Medalla de Oro que ahora, una vez más, se discierne aquí. Al recordar los merecimientos de quien esa Medalla recibe, no se atiende especialmente al halago personal que significa el reconocimiento público, bien merecido ahora por cierto, de méritos y virtudes, sino a obtener de ello un exponente educativo y un estímulo que reporte en beneficio de todos los que se afanan en torno de las actividades profesionales en sus múltiples y variados aspectos.

Pocos, sin duda, ofrecen para ello un ejemplo más destacado que don Servando Oyanedel. Por esto, aún hiriendo su modestia ejemplar, que constituye una de las características de su personalidad, virtud que enaltece especialmente sus méritos indiscutibles, procede ahora referir los hechos culminantes de su dilatada y fructífera carrera profesional.

Alumno distinguido de la Universidad de Chile, obtuvo en 1901 el título de Ingeniero Civil. Por acertada disposición de los dirigentes universitarios de aquellos años, se realizó un concurso con el objeto de elegir los más distinguidos entre los jóvenes profesionales recién egresados de las aulas, y otorgarles los medios para perfeccionar sus estudios y cimentar sus conocimientos técnicos en las Escuelas y en las obras en ejecución en los diversos países del continente europeo; era un grupo de selección de la juventud que iniciaba su carrera; el Sr. Oyanedel se contaba entre ellos. Muchos de sus compañeros han desaparecido ya; éstos y los que sobreviven han honrado las actividades profesionales en múltiples y variados aspectos.

Tres años de estudio y de observación, incrementaron el acervo de sus conocimientos y orientaron su criterio técnico y científico que ha rendido después el óptimo fruto que todos constatamos. Alumno de la Escuela de Puentes y Calzadas de

París, esucuchó de labios de clásicos maestros, lecciones inolvidables. Después, durante dos años la visita y residencia en importantes obras entonces en ejecución, en los países de la Europa Central, puertos, puentes, ferrocarriles, obras hidráulicas y de saneamiento colmaron íntegra y cumplidamente su nutrido programa de perfeccionamiento profesional.

A su regreso a Chile inició su larga y provechosa carrera al servicio de las Obras Públicas. Una delicada comprensión y un elevado concepto del deber, lo indujeron a consagrar su capacidad y sus conocimientos al servicio del Estado que, tan eficazmente, había contribuido a su formación profesional y brindado los medios para el perfeccionamiento de los mismos y aquilatado desde temprano, la capacidad y el valor moral del joven ingeniero; y este imperativo orientó sus primeros pasos sin ambición de lucro, que pródigamente hubiera encontrado en el ejercicio privado de su profesión y en empresas que habrían aprovechado, con éxito seguro, su capacidad indiscutible. Sin duda, a esa delicada comprensión y elevado concepto del deber, se aunaba también el interés profesional por los problemas que iban desde temprano a presentarse a su consideración y, unidos así tan elevados imperativos morales y técnicos, fueron despreciables las modestas compensaciones de otro orden de los comienzos del camino; y fué, sin duda, claro, certero y eficaz su propósito, como los años y los hechos lo han comprobado después, de no seguir en su camino el trillado sendero del funcionario, sino ser allí un forjador de realidades valiosísimas, de enseñanza ejemplar, de grande provecho para Chile, de eficaz formación de muchos que, de alguna manera, han rodeado las fructíferas actividades del Inspector General de Hidráulica y del actual Director de Obras Públicas.

Pocas veces una directiva trazada en época temprana, ha sido jalonada con más vigor, por la elocuencia incontrastable de los hechos, como la que puede exhibir la dilatada vida de trabajo de este ingeniero de especialísimos merecimientos; pocas veces también después de muchos años, habiendo recorrido una gran parte de la jornada de la vida, puede exhibirse una síntesis más acabada de aquellos fundamentales móviles de acción, que la contenida en una frase, hermosa por su sinceridad y severa concisión, que él mismo pronunciara, en la justa manifestación que sus colegas le tributaran con motivo de su designación de Director General de Obras Públicas: «He dedicado—dijo entonces—toda mi vida profesional al servicio público, ajeno a toda ambición personal, sin otro afán que cumplir a conciencia con mi deber y procurar el perfeccionamiento constante del servicio y del personal para poder desarrollar una labor más eficiente en beneficio del país».

Debe ser un timbre de orgullo para nuestro amigo que sus colegas, sus jefes de ayer y sus subalternos de hoy, la opinión pública, gloce esa frase diciéndole «es verdad». Los vaivenes de la política han resbalado sin horadar la recia armadura moral que significa el exacto cumplimiento de ese pensamiento que lo enaltece y que es del caso recalcar. Por esto, ni los cambios de gobiernos, ni sus variaciones ideológicas, han llegado a perturbar y han respetado siempre el campo de acción de este hombre justo y eficaz.

Poco habría que agregar entre vosotros que conocéis a nuestro festejado para probar que el cumplimiento de aquella noble idealidad así esbozada en edad temprana y con sobriedad expresada en la mitad del camino de la vida, ha sido confirmada a través de los años con hechos incontrastables.

Vuelto el señor Oyanedel a nuestra patria ingresó a la Dirección General de Obras Públicas y actuó como secretario técnico de don Carlos Koning, el eminente maestro recordado por muchos de vosotros. Designado poco después, jefe de la sección de Saneamiento e irrigación, desarrolló una labor importante de organización y especialización del personal en estudios y trabajos de alcantarillado y agua potable que se iniciaban entonces en el país. En ese tiempo, a iniciativa suya, se dictó el Reglamento de mercedes de agua para usos industriales que puso término a la especulación y ha dado muy buenos resultados. En seguida fué designado delegado fiscal para la construcción de las obras de alcantarillado de Antofagasta e inició en el norte, una fructífera etapa de realizaciones técnicas y administrativas que no puedo silenciar. En la organización de la inspección de las obras nombradas, supo aunar las minuciosas tareas de su oficina, con pautas y procedimientos que permitían formar criterio preciso, sobre precios de costo y rendimiento de trabajo que constituían provechosas enseñanzas para el personal, valiosa información para las propias oficinas y contratistas que han servido eficazmente en análogas obras proyectadas y realizadas después.

Su actuación en la dirección de los trabajos para obtener fuentes de aguas subterráneas y artesianas, para el mejor abastecimiento de agua potable de Iquique, con tanto éxito alcanzado, mereció una nota de felicitación del Gobierno. El estudio de los datos obtenidos en los sondeos, guiado por consideraciones geológicas y datos de su observación personalísima, exhiben su criterio científico aplicado a una cuestión obscura y delicada.

Bajo su dirección superior se estudió y ejecutó la cañería de abastecimiento de agua potable de Tocopilla y oficinas salitreras, magna obra constituida por una cañería de 244 kilómetros, cuyo origen remonta a 4.000 metros de altura y que contiene un sifón de 93 kilómetros de longitud, con presiones hasta de 500 metros.

Las obras de canalización de ríos y esteros y las obras de alcantarillado y agua potable de la casi totalidad de las ciudades del país, han sido ejecutadas bajo su dirección superior por ingenieros nacionales; asimismo la elaboración de pliegos de condiciones para la construcción de alcantarillado y Reglamento de instalaciones domiciliarias, que son considerados modelo en su género. Gracias a su labor y al apoyo de los Poderes Públicos, Chile puede presentar con orgullo patriótico las siguientes cifras: de la población urbana del país, un 91% cuenta con servicio de agua potable y un 79% con alcantarillado.

Numerosas comisiones de estudio, de leyes y reglamentos acerca de obras públicas, han contado con la colaboración de nuestro amigo, en muchas de las cuales su pensamiento ha sido preponderante; así entre muchas, se cuenta la Ley de Regadío de 1916 y su Reglamento; la Ley y Reglamento de la neutralización de residuos industriales; los Reglamentos para contratos de Obras Públicas; la Ley de Recursos y Plan para obras de agua potable de las poblaciones, son debidos principalmente aun en sus menores detalles a obra suya. Esta última ley ha aumentado considerablemente los recursos con que se contaba para este objeto.

La Junta de Pavimentación de La Paz (Bolivia) le encomendó el proyecto de canalización del río Choqueyapu, que atraviesa la ciudad, proyecto que realizó en colaboración con dos distinguidos ingenieros chilenos. Esta obra se halla en gran parte ejecutada.

Después de veintisiete años de acertado desempeño del cargo de Inspector General y Director del Departamento de Hidráulica, el Gobierno, haciendo cumplido honor a sus merecimientos, lo designó Director General de Obras Públicas.

En el plano más vasto, desde el nuevo cargo, el señor Oyanedel ha continuado poniendo en beneficio público su laboriosidad y experiencia. La acción eficaz y oportuna desarrollada por el servicio de su cargo en la prestación de auxilios y en la habilitación de vías de transporte, desde las primeras horas después del terremoto de Chillán, y en las construcciones de emergencia y definitivas, la acertada intervención para absorber la cesantía y en las reglamentaciones dictadas y en las soluciones adoptadas para salvar las dificultades originadas por la Guerra Mundial, han demostrado la eficiente organización del servicio de Obras Públicas.

En los últimos años ha tenido participación directa e inmediata y la iniciativa, en la preparación de los últimos convenios sobre la construcción de ferrocarriles y caminos internacionales con la República Argentina, que tendrán tan trascendental importancia en la vinculación de todo orden entrambos países.

Mucho más cabría agregar respecto a la labor técnica y profesional del señor Oyanedel; pero debo reservar cierto espacio para referirme a otro aspecto desconocido para muchos; a las orientaciones de orden interno de las reparticiones que le ha cabido dirigir; a su dedicación y tino delicado en la elección de su personal; a su empeño para inculcar en éste los altos principios de laboriosidad, orden y ética profesional, con su ejemplo brillante e indiscutido. Así junto a la capacidad técnica, el más estricto criterio de justicia y atinada selección ha campeado siempre en las reparticiones a su cargo. La buena semilla que allí sembrara se ha extendido hacia todas partes donde los que fueron subalternos, han ido a prestar posteriormente sus servicios, en otras reparticiones públicas y en empresas particulares de notoria importancia nacional; si momentáneamente las reparticiones a su cargo perdían con el alejamiento de competentes servidores, hasta que otros más jóvenes se formaran a su vez, el país entero cosechaba el beneficio de la extensión de los sanos principios profesionales que supo crear en terreno fértil, el jefe atinado y justiciero.

Estos mismos sanos principios de equidad y de justicia, han campeado preponderantemente en las relaciones que el señor Oyanedel ha sabido mantener con discreción y firmeza a la vez, con los contratistas y empresarios de las obras públicas confiadas a su vigilancia y dirección. Jamás un fundado reclamo deja de ser examinado con minuciosidad y considerado con criterio de serena equidad; jamás tampoco el interés fiscal ha estado mejor resguardado. Este acertado criterio en la apreciación ponderada y justa de las complejas vicisitudes de los contratos, especialmente los últimos años de bruscas variaciones de precios y profundas alteraciones en las condiciones del trabajo y las equitativas resoluciones recaídas sobre ellas han formado un clima de confianza en los dictámenes del Director General de Obras Públicas, de innegable beneficio para los intereses fiscales y particulares empeñados en las importantes obras confiadas a su dirección.

Una honrosa, pero justificada excepción ha hecho el directorio del Instituto de Ingenieros de Chile al discernir la Medalla de Oro y Diploma de Honor que en este acto se entregan, al aplicar la disposición según la cual «en casos calificados los Directorios Ejecutivo y Consultivo podrán, por unanimidad de sus miembros presentes otorgar la Medalla de Oro a ingenieros en servicio activo». La unanimidad existió en este caso.

Amigo Oyanedel: yo sé que mis palabras pueden lastimar vuestra reconocida modestia; tal vez el concepto de pública estimación que significa este acto que os tributa el Instituto de Ingenieros de Chile, os ha sorprendido vuestra vida de trabajo asidua y silenciosa, pero mucho más eficaz y creadora que tantas otras, celebradas por el hueco vocerío insubstancial e interesado. Aún temeroso de desvirtuar con estas mal hilvanadas frases el alto pensamiento del Instituto, no he titubeado en hacerlo. Al otorgar la Medalla de Oro y el Diploma de Honor, desea la institución que una enseñanza se desprenda de la relación de la vida profesional de aquel a quien se discierne tan señalada distinción: en este caso la relación de la vuestra es lucida y elocuente.

He dicho.

* * *

Por último, fué ofrecida la palabra al señor Servando Oyanedel, quien pronunció el siguiente discurso de agradecimiento:

Señor Presidente del Instituto de Ingenieros de Chile, señores socios, señoras y señores:

Con la más honda emoción y sincero reconocimiento he venido a recibir en esta sesión de honor del Instituto de Ingenieros de Chile, de manos de su digno Presidente, la Medalla de Oro y Diploma de Honor con que la institución ha querido honrar la labor que he desarrollado al servicio del país durante los cuarenta y cuatro años de mi vida profesional.

Honda es la emoción y vivo el reconocimiento, porque jamás he ambicionado honores, porque viene el homenaje de una institución de alto prestigio moral e intelectual, y porque él significa una pública aprobación del sentido y de la orientación que impuse y mantuve en todo momento en mi vida profesional, procurando enaltecer la profesión y dignificar la función pública.

El ilustre ingeniero, hombre público y catedrático que es don Miguel Letelier ha expresado conceptos muy enaltecedores al juzgar la modesta, silenciosa y prolongada labor que he desarrollado al servicio del país. Debo atribuir su benevolencia al equilibrio entre la virtud y el saber que alcanzan los hombres que, como él, llegan a las altas esferas de la vida espiritual.

Juzgo que mi labor no tuvo otros méritos que la sujeción constante a una norma de vida y la fidelidad a un ideal, grabado en mi alma en forma indeleble desde los lejanos días de mi juventud. Llegue la parte muy importante de este homenaje, que a ellos corresponde, a los queridos maestros que inculcaron en mi espíritu esas normas y ese ideal.

Esfumadas por el transcurso del tiempo veo las figuras de los antiguos maestros del Instituto Nacional: don Diego Barros Arana, don Luis Barros Borgoño, don Gaspar Toro, don Domingo Amunátegui Solar, don Miguel Luis Amunátegui, don Luis Aurelio Pinochet y tantos otros, cuyo recuerdo me acompaña en este instante y para quienes guardo el más profundo afecto. Hombres de elevada situación social y política, de recia contextura moral, irradiaron desde la cátedra que presidían, junto con el saber, los principios de amor al cumplimiento del deber, espíritu de sacrificio, la honestidad, la nobleza y la lealtad. Su elevada autoridad moral y digno

ejemplo fueron, para quienes recibimos sus lecciones, la luz que ilumina el camino de la vida.

Van luego mis recuerdos hacia los maestros de la Escuela de Ingeniería de la Universidad de Chile, hogar intelectual en el que recibí la formación científica y técnica que más tarde me ha tocado desarrollar. Eran los tiempos en que el Gobierno había solicitado el concurso de distinguidos y eminentes profesores extranjeros: Luis Cousin, Carlos Koning, Alberto Obretch y otros, quienes, junto a los profesores nacionales, orientaron a la Escuela por la senda de la seriedad de los estudios, de la eficiencia y de la disciplina que la ha llevado al elevado nivel de prestigio de que hoy goza. En sus aulas se formaron los maestros de hoy, que preparan a los ingenieros del futuro y mantienen a la Escuela en un pie de eficiencia, reconocido dentro de Chile y fuera del país. De allí salieron también los profesionales que han impulsado la organización y la industria, acrecentando la riqueza del país.

Enviado más tarde por el Gobierno a perfeccionar mis estudios en Europa, escuché en la Escuela de Puentes y Calzadas de París, las lecciones inolvidables de maestros de reconocida fama cuya autoridad científica es respetada en el mundo entero: Resal, Quinette de la Rochemont, Bechman, de Mas, y otros, fueron en mi vida guías inolvidables, a quienes debo más de una de las normas orientadoras de mi labor y guardo para ellos reconocimiento y afecto.

Si de los maestros que he recordado recibí las lecciones mencionadas, no podría olvidar en este instante a mis Jefes en la Dirección de Obras Públicas y la colaboración de los hombres que me han acompañado en otros tiempos y de los que hoy día participan junto a mí en la actividad común. El hombre no actúa jamás aislado en el conjunto social. Recibe influencias y las ejerce sobre quienes le rodean. Es una unidad dentro de la colectividad y constituye un eslabón en la cadena de la tradición. Yo he tenido la ventaja de actuar en un medio profesional elevado y competente al cual atribuyo la parte que le corresponde en la labor cumplida.

Pero no se crea que la competencia de los ingenieros chilenos fué siempre reconocida. Ha sido necesaria una lucha a través de años de esfuerzo y superación, después de la cual, los ingenieros chilenos han conquistado el prestigio y la confianza de los Poderes Públicos.

Cuando el Gobierno de don Pedro Montt planeó por primera vez un programa de Obras Públicas destinado a dotar al país de obras de puerto y saneamiento de ciudades, solicitó el concurso de especialistas extranjeros para encomendarles el estudio y la ejecución de las obras. La colaboración del personal que anteriormente fué enviado a Europa a perfeccionar sus estudios, fué tan satisfactoria que desde entonces han estado siempre a cargo de ingenieros nacionales el estudio de los proyectos y la dirección de esas obras, con el resultado de eficiencia y economía que el país conoce.

Al realizar un balance de las Obras Públicas llevadas a cabo en el país durante los últimos cuarenta años, se siente una satisfacción patriótica al constatar que ella fué planeada y ejecutada en su casi totalidad por ingenieros chilenos, quienes, superando la naturaleza del terreno y la limitación de los recursos llegaron a obtener el máximo de eficiencia con el mínimo de costo. Gracias a su inteligente esfuerzo, puede gozar hoy día el país de condiciones sanitarias superiores a las de los demás países sudamericanos que han sido reconocidas por altas autoridades norteamericanas.

Decía en una oportunidad nuestro digno Presidente, que el mundo ingresa en una época de organización, que reemplazará a la época económica que ha vivido el mundo de los últimos años. En esa época, próxima ya, corresponderá a los ingenieros un papel decisivo y director, que colocará en sus manos la mayor parte de las responsabilidades. Para entonces, creo que Chile puede depositar en sus ingenieros, toda su confianza. Los jóvenes ingenieros podrán continuar la labor iniciada, para jalonar una nueva etapa en el desarrollo del país, para la cual hallarán los organismos de Obras Públicas adecuados, en normal funcionamiento.

El Instituto de Ingenieros de Chile es una Institución de larga tradición, que no se ha circunscrito a reunir a sus asociados ni a difundir sus estudios en otros ambientes. En conciencia de su alta misión orientadora, se ha interesado, en los últimos tiempos, en el estudio de los problemas nacionales de su competencia, haciendo llegar a los poderes públicos su opinión elevada y serena. Problemas de tanta importancia como la electrificación del país, el petróleo, el cemento, la industria siderúrgica, los combustibles, la movilización colectiva y otros, han sido estudiados en su seno en forma completa. Ultimamente, con objeto de cumplir su función social en forma más efectiva, ha establecido la división por especialidades y las Comisiones de estudio.

De este Instituto, que cobija a los hombres más representativos de la ingeniería, que constituye una fuerza de selección dentro del país, recibo una distinción inmerecida. Mi nombre figurará junto a los más ilustres de la institución. Ante esa distinción, me hallo atemorizado, porque comprendo la inmensa responsabilidad social que cae sobre mi persona. Ha tenido razón don Miguel Letelier al decir hace unos instantes que el acto de pública estimación de que soy objeto, me ha sorprendido en mi vida de trabajo asidua y silenciosa. Yo vivía ajeno a todo brillo, satisfecho de haber cumplido mi deber. Contento de haber entregado, uno a uno, los años de mi vida al país que tanto quiero y de haber contribuído, a la medida de mis fuerzas, a su engrandecimiento. Había cumplido los dorados ideales de mi juventud y la ruda labor del medio día. Esperaba para la tarde de la vida sólo la serenidad del deber cumplido. Habeis sacado mi nombre del silencio porque consideráis que puede ser exhibido a las generaciones nuevas como ejemplo. Si este es un nuevo sacrificio, si puede servir en algo al país, lo hago gustoso. Gracias señores Presidente y estimados colegas; gracias amigos que habéis venido a acompañarme en esta hora. Muchas gracias.
